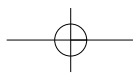


Crímenes y criminales

eSediciones



Crímenes y criminales

9 casos que estremecieron
a todo un país

Jesús Duva
Mónica C. Belaza
Luis Gómez
Álvaro de Cózar
Antonio Jiménez Barca
Jerónimo Andreu

eSediciones

Crímenes y criminales

© Duva, Belaza, Gómez, de Cózar, Jiménez Barca, Andreu, 2009

© Actis production S.L., 2009

Calle Alto del León, 3-2ºB

28038 Madrid

Teléf.: 915 308 554 - Fax: 913 281 032

www.esediciones.es

Diseño de colección: Alejo Ruocco

Ilustración de portada: Iván Solbes

Servicios editoriales: Actis

ISBN: 978-84-936773-2-9

Depósito Legal: XXXXXXXXXXXXXXX

Impresión: Creapress

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en España

Índice

PRESENTACIÓN	7
UNA VENGANZA EXPLOSIVA Las bolsas bomba Jesús Duva	9
35 PUÑALADAS DESPUÉS DE UNA BODA El crimen de la profesora Mónica C. Belaza	17
SECRETOS DE CONFESIÓN PARA UN ASESINATO El crimen de Puente Genil Luis Gómez	27
EL TELETIPO QUE ENREDÓ LA MADEJA El crimen del doctor Malo Álvaro de Cózar	37

EL PLACER DE MATAR El asesino del naipe Antonio Jiménez Barca	45
TRIPLE ASESINATO EN PALMA La muerte del Rey de la Cerveza Luis Gómez	55
EL HIJO DEL CEMENTERIO El mendigo psicópata Jerónimo Andreu	65
EL REY DE LAS FUGAS Sin rastro del más buscado Jesús Duva	75
AQUÍ MATARON A CINCO Los misteriosos asesinatos de Los Galindos Álvaro de Cózar	83

Presentación

Desde siempre he creído que la historia de un pueblo es también la historia de sus crímenes. Y que la historia de un pueblo puede hacerse a través de sus crímenes. El asesinato, el acto más repulsivo que puede cometer el ser humano, dice mucho no sólo de quien lo comete, sino de la sociedad y la época en que ocurrió.

En el verano de 2007, EL PAÍS publicó una serie de reportajes a lo largo de los cuatro domingos del mes de agosto. Eran cuatro relatos diferentes: las bolsas bomba que mataron en Redondela (Pontevedra) a un directivo de Pescanova y a su esposa; la misteriosa muerte a puñaladas de un profesora de inglés que había acudido a Santander a una boda; el crimen del doctor Malo, muerto a cuchilladas cuando salía de cenar de un restaurante y el crimen de una mujer en Puente Genil. Todos tienen el común denominador de ser casos abiertos: la policía aún no ha aclarado quién ni por qué mató a estas personas.

En el verano de 2008, EL PAÍS publicó una segunda entrega de cinco reportajes bajo el título genérico de

Crímenes y criminales. Historias como la del *asesino del naípe*, el joven ex militar que mataba por matar; el *rey de las fugas*, Rafael Bueno Latorre, huido de una cárcel desde hace 25 años; el archifamoso quíntuple crimen del cortijo de Los Galindos; el mendigo psicópata que mandó al más allá a 12 personas; y *el rey de la cerveza*, asesinado de dos tiros en la nuca junto con su hijo de ocho años y una empleada.

La recopilación de estos nueve textos en un libro permite reunir algunos de los hechos criminales más impactantes de los últimos años. Conforman así un escenario por el que desfilan víctimas y verdugos, marginados y sicarios... Son una radiografía de la delincuencia en España. Y, en definitiva, un reflejo de la propia sociedad española.

JESÚS DUVA
COORDINADOR DE LA SERIE

Una venganza explosiva

Las bolsas bomba (caso abierto)

Pontevedra 2002

Un directivo de Pescanova y su esposa murieron destrozados en Redondela (Pontevedra) por un bomba oculta en una bolsa colgada en la verja de su chalé. Dos horas antes, un empleado de banca y su hijo estuvieron a punto de morir igual. Ocurrió hace casi siete años.

La policía cree que los artefactos mortíferos fueron fabricados por un asesino a sueldo.

POR JESÚS DUVA

Vicente Lemos y su esposa Rosa murieron sin saber por qué. Les mató una bomba, oculta en una bolsa de basura colgada en la verja de su chalé de Redondela (Pontevedra). Unas dos horas antes, Luis Ferreira, apoderado de un banco, y su hijo Óscar sufrieron heridas muy graves por un artefacto idéntico. Los primeros no conocían a los segundos, ni éstos a los primeros, pero la policía no duda de que la mano criminal fue la misma.

Ocurrió el 5 de noviembre de 2002 en el extrarradio de Vigo (Pontevedra).

Ninguna de las víctimas era objetivo de ETA u otra banda terrorista. Aparentemente, nada vinculaba a unas víctimas con otras. ¿Quién y por qué cometió semejante atrocidad? La policía cree que fue un crimen por encargo, pero casi cinco años después no ha logrado poner nombre ni cara a sus sospechas. Los artefactos fueron fabricados por el mismo sicario. Ambos eran exactamente iguales y en su armazón de madera figuraba una misma palabra

garabateada a bolígrafo y en letras mayúsculas: ALMI.
¿Esconde eso algún tipo de clave del asesino a sueldo?

Nadie lo sabe.

Mientras, dos familias se desesperan esperando justicia.

7.30. Luis Ferreira Pérez, entonces de 43 años, apoderado de la oficina de Citibank en Vigo, sale de su chalé de la parroquia de O Carballal con su hijo Óscar, de 12 años. «Al abrir el portal, mi hijo vio una bolsa colgada de una especie de gancho de carnicero. Pesaba mucho. Creí que era algo que había dejado mi suegro. Cogí la bolsa y la metí en el garaje», recuerda. Y después... ¡buuumm! Un zambombazo, un ruido ensordecedor, el olor a pólvora, los gritos, el dolor, el miedo, la sangre. Y la esposa de Ferreira, enfermera, sacando fuerzas de flaqueza, corre hacia su marido y su hijo. Vendas y esparadrapo para taponar las heridas por las que se les iba la vida. ¡Auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Una ambulancia!

El pequeño Óscar sufrió traumatismo abdominal y facial, según el alambicado lenguaje médico. Ha perdido para siempre la visión en un ojo. Su padre sufre el zarpazo de la metralla en las piernas y tendrá que afrontar un rosario de operaciones para restaurar los daños. Y eso que el artefacto sólo estalló parcialmente.

Ferreira, directivo de una oficina bancaria, entrenador de fútbol profesional desde hace 20 años, se resiste a hablar. Tiene ganas de olvidarse del «tema». Y llamar «el tema» al oscuro intento de asesinato que sufrieron él y su niño ya es una forma de sepultar el pasado en la memoria. «Nosotros no habíamos tenido amenazas. No conocía al

matrimonio fallecido. El caso es inexplicable, pero la investigación policial ha sido penosa. Nunca tuve esperanzas de que se aclarase el asunto... ¡y ahora menos aún!»

«La única explicación que yo veo para esto es que fuera un juego de rol. Que nos tocara a nosotros y a la otra familia porque alguien hizo una extraña combinación formada a partir de los números de nuestras respectivas viviendas», sostiene Ferreira. En su día, el día que él y su hijo Óscar estuvieron a punto de morir reventados por una bomba, todo el mundo se volcó con ellos (el alcalde de Vigo, el delegado del Gobierno, el director general de la Policía, el conselleiro de Política Territorial...). Todos prometieron apoyo y ayuda. Pero el caso cayó en el olvido... y los Ferreira han tenido que costearse las secuelas del intento de asesinato sufrido.

Peor fue lo de Vicente Lemos Haya, de 51 años, jefe de Producción de la empresa Pescanova, y su esposa, Rosa Gil Blanco, de 53, ama de casa. Ambos murieron reventados por la bolsa bomba subrepticamente colgada en la verja que rodeaba su chalé de la parroquia de Vilar de Infesta, en Redondela, a cuatro kilómetros de la casa de Ferreira.

10.00. Ese día, Vicente tenía que haber salido de su casa tempranísimo. Solía estar a las seis de la mañana en su oficina de Pescanova, en el barrio de Chapela. Pero ese día se retrasó porque a última hora cambió su turno de trabajo. «Vio una bolsa de plástico colgada en la verja y pensó que era algo que le había dejado un vecino que no le quería molestar», explica su hermano Ramón, conmovido al revivir sus recuerdos. Y nada más mover la

maldita bolsa, ésta estalló y... ¡buuumm! Arrancó de cuajo la vida a Vicente y a Rosa.

Como es usual, la policía empezó por *rebobinar* la vida de los muertos en busca de una explicación para lo inexplicable. Lo habitual en cualquier homicidio. Habla Ramón Lemos: «Mi hermano Vicente era un hombre muy trabajador. A los 14 años empezó a trabajar en una gestoría. Después estudió contabilidad. Más tarde, maestría industrial durante las noches. Luego empezó Ingeniería Técnica y, antes de acabar esta carrera, empezó a trabajar en Porcelanas Álvarez. A continuación se fue a la empresa Granitos Ibéricos y acabó en la pesquera Pescanova».

«Mi cuñada Rosa era ama de casa. Bordaba muy bien. Era una de las mejores bordadoras de Vigo. Ella, mi hermano y su hijo Vicente, que hoy tiene ya 26 años, formaban una familia normal y corriente», agrega Ramón.

Unos años antes de ser asesinado, Vicente Lemos decidió construir un chalé para él, para su esposa, Rosa, y para su hijo Vicente en un terreno que le cedieron sus suegros en Redondela. Toda la familia colaboró con los ahorros de unos cuantos años. Así que Vicente tuvo que pluriemplearse y, aparte de lo de Pescanova, se dedicó a hacer declaraciones de la renta para obtener unos pocos euros más. Gracias a ese esfuerzo, los Lemos tenían una buena casa y podrían mandar a su hijo Vicente a estudiar a la Universidad de Santiago de Compostela. ¿Qué más podían pedir? Sin embargo, un paquete mortífero fabricado por una mano anónima hizo saltar por los aires todos sus sueños. Fue un 5 de noviembre de 2002. El entonces director

general de la Policía, Agustín Díaz de Mera, declaró que había «muchas pistas» y vaticinó que «la solución del caso va a ser muy pronto porque la investigación es muy sólida y profesional». Pero se equivocó: el crimen sigue impune.

La Brigada Judicial de la comisaría de Vigo basó sus pesquisas en las bombas (la que mató a los Lemos y la que malherió a Ferreira y a su hijo y que no llegó a estallar en su totalidad). Los artefactos eran como dos gotas de agua: un tubo de unos 30 centímetros relleno de pólvora prensada, metralla, cientos de fulminantes de cartuchos de caza, dos pilas baratas y una ampolla de mercurio que activaba el mecanismo al menor movimiento. En una especie de carcasa de madera, rubricada con la misteriosa palabra ALMI, había recortes de periódicos gallegos y octavillas publicitarias de los talleres automovilísticos Feu Vert. Los policías encargados del caso determinaron que el tubo usado para hacer las bombas podía ser parte del paragolpes de un vehículo todoterreno. Buscaron una pista rastreando la pólvora y los fulminantes de cartuchería. Descubrieron que la ampolla de mercurio era similar a la que forma parte de un mecanismo de los automóviles Chrysler. Patearon las tiendas de *todo a cien* intentando saber si el sicario compró en alguna de ellas las cuatro pilas empleadas en los artefactos. Escudriñaron los recortes de prensa pegados a las bombas en busca de una clave oculta. Hicieron mil cábalas tratando de descubrir si ALMI —la palabra garabateada a bolígrafo— significaba algo, si era un nombre o un apodo, si era la marca de un grupo desconocido...

Varios vecinos de las víctimas hablaron de que habían visto merodeando por la zona a un tipo de unos 35 años, desaliñado, que llevaba una bolsa de deporte. Otros dijeron que, horas antes de la explosión, habían oído ladrar a los perros al tiempo que un coche —alguien llegó a precisar que era de color blanco— arrancaba con un chirrido de neumáticos. Algunos más especularon con que el asesinato era la venganza de unos traficantes de droga supuestamente descubiertos con las manos en la masa por Vicente Lemos.

Rumores. Rumores sin fundamento.

No obstante, apenas una semana después fueron detenidos Francisco Manuel R., de 31 años, supuesto *camello* de drogas, y otros dos individuos conocidos de la policía por su mala reputación. Estos últimos quedaron libres a las pocas horas, mientras que el primero estuvo preso seis meses (hasta que la juez de Redondela consideró que unos tubos hallados en su poder, similares a los utilizados para las bombas, no eran prueba suficiente para mantener la gravísima acusación que pesaba sobre él). Y su abogado acusó a la policía de haber actuado con «precipitación».

Al menos hay una cosa buena: la policía halló en las bombas las huellas dactilares del sicario que las fabricó. Por ahora son unas «huellas anónimas», ya que los investigadores desconocen a quién pertenecen. Corresponden a alguien que está *limpio*, que no está fichado porque jamás ha sido arrestado. Algún día —¿por qué no?— la policía podría detener a un sospechoso y, al cotejar sus huellas con las almacenadas en la base de datos, podría descubrir

—¡bingo!— que se trata del hombre que armó los artefactos que mataron a los Lemos e hirieron a Luis Ferreira y a su hijo Óscar.

«Hemos trabajado mucho este asunto y todavía lo seguimos haciendo. No nos damos nunca por vencidos», afirma un mando policial. Los investigadores, por el momento, sólo barajan una hipótesis y un sospechoso: un empresario que pudiera haber tenido algún tipo de relación con las víctimas y que fuera quien contrató al asesino. Lo difícil es probarlo. Porque ¿qué pretendía ese sujeto encargando esas muertes?, ¿qué tenía contra el fallecido Lemos y contra Ferreira?, ¿cuál es el nexo de unión entre el directivo de Pescanova y el apoderado de un banco? Demasiados interrogantes sin respuesta.

Ramón Lemos tiene aspecto de hombre maltratado por la vida. Y, casi musitando, desgrana una letanía: «La muerte de mi hermano Vicente y mi cuñada nos destrozó a todos. Claro, tenemos que tirar para delante, pero... Tenemos encima una cadena perpetua. Malvives con ese recuerdo... y encima sin tener ninguna explicación, sin saber quién hizo esa canallada ni por qué». Ramón dice estar harto del «abandono total» de las autoridades, que cuatro años atrás prometían tantas cosas. Tan hastiado está de todo que ni siquiera ha querido saber más de la Asociación de Víctimas de Delitos Violentos, a la que se afilió con la esperanza de hallar consuelo y apoyo. Pero no renuncia a su derecho a que se haga justicia y a tener algún día, frente a frente, al asesino de su hermano y de su cuñada para preguntarle: «¿Por qué?»

35 puñaladas después de una boda

El crimen de la profesora (caso abierto)

Santander 2002

De madrugada, minutos después de salir de un banquete nupcial en Santander, Natividad Garayo, de 44 años y profesora de lengua en Madrid, es hallada muerta en la calle. Había sido acuchillada 35 veces por alguien al que la policía aún no ha logrado poner nombre.

POR MÓNICA C. BELAZA

Natividad salió sola del banquete de bodas de su primo. Eran casi las tres de la madrugada. Félix, el portero del club de tenis santanderino en el que todavía bailaban y bebían los invitados más entusiastas, siguió a la mujer con la mirada mientras abandonaba el local y se marchaba caminando por la avenida de la Reina Victoria. Una calle amplia, iluminada, con un paseo que corre paralelo a la playa. Era sábado, y la noche era cálida y tranquila. Menos de 10 minutos después de perderla de vista, Félix escuchó las sirenas de los coches de policía. Un joven había encontrado el cuerpo sin vida de Natividad. Arrodillada, con la cabeza en el suelo y el cabello sobre la frente. Le habían asestado 35 puñaladas.

El asesinato ocurrió en la madrugada del 7 de julio de 2002. Cinco años después, la policía sigue perdida. No hay huellas, ni testigos, ni pruebas de ningún tipo. Ni móvil, aparentemente. Homicidio por encargo, macabro juego de rol, venganza, un amante despechado... todas las hipótesis han sido descartadas.

María Natividad Garayo tenía 44 años cuando murió. Vivía en Madrid y trabajaba de profesora de Lengua y Literatura en el Colegio Británico, en Somosaguas. Estaba casada con un abogado del Estado con el que tenía tres hijos. Llevaban una vida tranquila y, según todos los indicios, feliz.

Eran guapos, simpáticos y con dinero. Sus alumnas del colegio la recuerdan como una maestra «de las que marcan», con una gran vocación, dulce y amable. «Cuando nos enteramos de lo que había pasado, no lo podíamos creer», recuerda una compañera suya del colegio. «Si hay alguna persona en el mundo a la que nadie podría desearle nada malo, jamás, era ella».

Un conjunto de casualidades fatales llevó a Natividad a la avenida de la Reina Victoria en la madrugada del 7 de julio. Estuvo a punto de no asistir a la boda. Su marido no podía acompañarla porque los hijos viajaban a Irlanda en esos días. Finalmente, decidió ir a pesar de todo y puso rumbo a Santander en coche, con su hermano y su sobrina, el viernes 5 de julio. Estuvieron a punto de dar marcha atrás porque encontraron un gran atasco en la carretera, pero aguantaron la infernal salida de Madrid y continuaron. Una vez en Santander, Natividad se quedó en casa de un tío, magistrado, que vivía cerca del Ayuntamiento. Su hermano y su sobrina siguieron hacia Quijas, a unos 35 kilómetros de la capital.

La mañana del sábado pasó sin sobresaltos. Natividad fue a comprar el regalo de bodas y atravesó después a pie la ciudad, del centro al final de la playa del Sardinero. Ida y vuelta. Estaba en una forma física extraordinaria y le

gustaba andar. Por la tarde se arregló para la ceremonia. Se enfundó un elegante traje beis con lentejuelas, se calzó unos zapatos de tacón bajo, metió el móvil y algo de maquillaje en un pequeño bolso dorado y se dirigió a la iglesia. El banquete de bodas se celebró en la Real Sociedad de Tenis, junto al palacio de la Magdalena, un exclusivo club para socios con amplias terrazas, restaurante y canchas de tenis.

Los vídeos de la boda muestran, según fuentes policiales, cómo los invitados fueron abandonando la celebración. El hermano de Natividad se marchó antes que ella. Pero le prestó 20 euros por si nadie la podía acercar después en coche a casa de su tío. Entre copas y bailoteo, la fiesta se fue vaciando, y Natividad, poco antes de las tres, decidió marcharse.

«Me pareció raro que no pidiera un taxi y verla salir sola caminando», recuerda Félix, el portero del club. «Pero la verdad es que la zona no es peligrosa». Santander es una ciudad muy tranquila. Apenas uno o dos homicidios al año, y una tasa de delitos de las más bajas del país (28 por cada 1.000 habitantes, frente a los 52 de media nacional).

El club de tenis no quedaba cerca de la casa en la que se alojaba Natividad. Estaba a unos 40 minutos caminando a buen paso. Era tarde, pero quizá pensó que sería agradable dar un largo paseo después de la comilona, y se echó a andar.

El lugar en el que fue sorprendida por el asesino es una calle noble de la ciudad. A lo largo de la avenida se suceden los palacetes señoriales de la alta burguesía santanderina.

Dos de los vecinos son los ilustres hermanos Botín, Emilio y Jaime, y la mayor parte de las casas tienen un amplio dispositivo de seguridad, con guardas, cámaras y alarmas funcionando día y noche.

A esas horas no suele haber mucha gente por la zona, según los vecinos, pero sí coches circulando. Para ir de la playa del Sardinero al centro de la ciudad se pasa por allí, y, además, en el palacio de la Magdalena, justo al lado, se imparten los concurrecidos cursos de verano de la Universidad Menéndez Pelayo.

Pero, sorprendentemente, nadie vio ni oyó nada. Ni conductores, ni vecinos, ni guardas de seguridad. Ni los camareros de los bares de la playa. Uno de ellos, del restaurante El Balneario de la Magdalena, pasó muy cerca del lugar del crimen precisamente a esa hora. No notó nada.

El joven que descubrió el cadáver se encontró a la mujer arrodillada, a unos tres metros de unas escaleras que bajan a la playa de los Peligros. Iba a recoger a su novia cuando vio a la víctima en posición fetal. Estaba en un charco de sangre. Pero la policía no encontró huellas, ni manchas, ni ningún pelo o resto que pudiera contener ADN. Ni en la calle, ni en la playa, ni en el cuerpo o ropa de la víctima. Nada. Como si el asesino no hubiera estado allí.

Junto a ella estaba su pequeño bolso, todavía con los 20 euros que le habían dejado para coger un taxi. Tampoco le habían quitado las joyas que llevaba encima y que la policía valora en 18.000 euros. La ropa no estaba desgarrada y no había rastros de intento de agresión sexual. Así que ni robo ni violación. Sólo 35 puñaladas a sangre fría.

¿Quién y por qué había cometido el crimen?

«Parecía un asesinato de violencia de género de libro», señala el policía que dirigió la investigación en Santander. «Ensañamiento, puñaladas y sangre por todos lados; así que lo primero que hicimos fue investigar a su marido». El esposo estaba en Madrid, pero podría haberse tratado de un crimen por encargo. «El hermano de Natividad me dijo entonces: ‘Yo no creo en el matrimonio perfecto, pero, de existir, sería el de mi hermana y mi cuñado’», relata el policía. «No hice mucho caso, pero, después de investigar, llegué a la conclusión de que efectivamente eran una pareja ejemplar». La policía comprobó todas las llamadas y mensajes recibidos y enviados desde el teléfono móvil de Natividad durante los seis meses previos a su muerte, por si pudiera haber mantenido alguna relación desconocida para la familia. Buscaban los secretos que todo el mundo tiene. ¿Había quedado con alguien esa noche, alguien que la acabó matando? ¿Por eso había salido caminando sola del banquete a esas horas de la noche? Parece que no. Una vez más, los agentes no encontraron ningún hilo del que tirar. No dieron con ningún recodo oscuro en la biografía de la profesora.

Barajaron también la posibilidad de la venganza. Diseccionaron la vida de Natividad, el colegio, todo su entorno. Investigaron a decenas de personas y buscaron odios hacia ella o hacia algún miembro de su familia. Sin resultado. No había nada. O, al menos, la policía no lo encontró. Tampoco parecía probable que, si alguien quería matar a la mujer, hubiera elegido ese momento y esa ciudad.

Natividad había decidido ir a la boda a última hora, y sólo una coincidencia fatal hizo que saliera ella sola a las tres de la madrugada y que decidiera volver andando a casa.

Descartado que el asesino fuera alguien que conocía a la mujer, la investigación se complicaba. No iba a ser fácil encontrar a un asesino que no pretendía robar ni violar y que no había dejado rastro alguno. ¿La mató porque sí, sin más?

Los investigadores probaron con la hipótesis del juego de rol. Tres años antes, un conductor de autobús había sido asesinado en Madrid por dos jóvenes que lo habían metido en su macabro divertimento. Pero tampoco el rol encajó en el caso. La policía se topaba, una y otra vez, contra un muro.

La autopsia desveló un dato extraño: 34 puñaladas habían sido asestadas con una navaja pequeña, de un solo filo; pero había otra herida que no podía haberla causado ese cuchillo. Una lesión redonda en la parte interior del muslo, producida por un estilete de doble corte. ¿Hubo dos asesinos o uno solo que sacó una segunda arma?

«La lógica nos lleva a intuir que fueron dos personas, porque la hipótesis de alguien que asesta 34 puñaladas y luego saca un estilete para hacer una última lesión no parece muy plausible», opina un mando policial de Santander. «Podría ser que la hubieran atacado por detrás», aventura. «Porque tenía cortes en la barbilla. Y parece que opuso resistencia hasta el final. Tenía muchas heridas en los brazos, manos y muñecas, y el hecho de que quedara arrodillada indica que luchó hasta el final, que cayó justo cuando perdía la vida».

Un santanderino encontró una camisa ensangrentada en una papelera. Después de registrar todos los contenedores de los alrededores, segar los bosques y parques y *peinar* la playa entera, finalmente, parecía una buena pista. Pero no lo fue. Dos hombres se habían peleado a puñetazos y uno de ellos se había quitado la camiseta y la había tirado. De nuevo estaban sin rastro que seguir.

El cadáver de Natividad se encontró junto a unas escaleras que bajan a la playa. En el descenso, a ambos lados, hay una zona de matorrales en la que se refugian los *bottleños* por la noche. Ahora hay sobre todo chicos jóvenes reunidos para beber, pero, cinco años atrás, la policía asegura que había vagabundos y alcohólicos pululando por los alrededores. Quizá un par de borrachos subieron por las escaleras y, al ver a Natividad, sola, empezaron a molestarla. Y quizá ella contestó y se lanzaron sobre ella. Quizá huyeron en coche y por eso no dejaron ni un solo rastro. Pero éstas son sólo las hipótesis que maneja la policía. No hay ninguna certeza. La Policía Judicial de Santander y la Comisaría General de Policía Judicial de Madrid siguen investigando minuciosamente cada pista. Pero siguen sin encontrar nada. «A veces, un borracho en un bar dice que él mató a la profesora, o nos llaman mujeres cuyos maridos les han dicho: 'Cuidadito, que te voy a hacer lo mismo que ya le hice a la profesora esa'. Pero todo han sido pistas falsas», señala uno de los policías.

El agente que dirigió la investigación en Santander sigue obsesionado con el caso. Muestra el expediente del

caso a los alumnos en los cursos sobre homicidios, por si a algún joven policía se le ocurre una brillante idea por la que puedan seguir adelante. Pero hasta el momento no ha habido suerte. El asesino o los asesinos de Natividad se evaporaron después de cometer su crimen.